



AUTORES

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE SÉTIMO TOMO.

ESPAÑOLES.

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.—MARÍA FELICIA (*seudónimo*).—DOÑA R. ARMIÑO.—D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.—R. PADRE CEFERINO GONZALEZ.—D. VICENTE BARRANTES.—D. NARCISO SERRA.—D. ANTONIO ARNAO.—D. PEDRO DOMINGO MONTES.—DON FLORENCIO JANER.—D. FERNANDO FULGOSIO.—D. RICARDO SEPÚLVEDA.—D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD.—D. M. J. PASCUAL.—D. EDUAR-

DO THUILLIER.—D. MANUEL CABALLERO DE RODAS.—D. FRANCISCO REIG Y LLOPIS.—D. TEODORO GUERRERO.—D. J. ZÁRRAGA.—D. JOAQUIN JOSÉ CERVINO.—D. JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO.—D. ADALIO SCOLA.—LUCRECIO (*seudónimo*).—D. BERNARDO LOPEZ GARCÍA.—D. FRANCISCO VARGAS.—D. JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.—D. FRANCISCO VILLAR Y BUSTOS.—D. CÁRLOS FRONTAURA.

EXTRANJEROS.

MAD. GIRARDIN.—MONTALEMBERT.—STHAL.—L. D'ALTEMONT.—PERRAULT.

DIBUJANTES.

SRES. PADRÓ (D. TOMAS Y D. RAMON).—JIMENEZ.—ESPÍNOLA.—ARRUFAT.

GRABADORES.

SRES. BÚRGOS.—CAPÚZ.—RICO.—TORO.—MASI.—TRAVER.—SADURNÍ.—PEREZ.—VELA.



Precio de la suscripcion..	Madrid.	3	pesetas trimestre,	5,50	semestre,	10	año.
—	..	Provincias.	3,75	—	7	—	12,50 —
Precio del número suelto..	Madrid.	0,50	—	Provincias.	.	.	0,50
Precio del tomo encuadernado.	—	6	—	—	—	—	7,50

América, 5 ps. fs. 50 centavos año.—Extranjero, 20 fs. año.

INSTRUIR DELEITANDO

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

PUBLICADA Y DIRIGIDA

POR

D. CARLOS FRONTAURA

CON LA COLABORACION

DE LOS MAS DISTINGUIDOS ESCRITORES Y ARTISTAS



TOMO VII.

(CONTIENE LOS NÚMEROS DESDE 1.º DE ENERO HASTA FIN DE JUNIO DE 1873.)

AÑO IV DE LA PUBLICACION.

MADRID,
ADMINISTRACION DE LOS NIÑOS Y DE LA PRIMERA EDAD,
PLAZA DE MATUTE, NÚMERO 2.

MDCCCLXXIII.

3541A 201

2011



EL MAYORAZGO



El Sr. D. José Losada es un anciano respetable, de rostro hermoso, que inspira veneración y cariño. Vive solo, y parece, á pesar de sus años, de carácter tímido por extremo. Sólo una cosa le incomoda, y es cuando oye decir que los niños son del todo felices, y no tienen, durante los primeros años de la vida, el menor disgusto. Como esta última opinión es la que más á menudo prevalece, no deja de enfadarse con frecuencia; pero siendo al propio tiempo muy bien criado y poco amigo de bulla, ántes da muestra de su enojo callando que con ruidosas exclamaciones.

Con todo esto, un día, hallándose entre varios amigos, no pudo, sin duda, contenerse, y alzando la voz, exclamó:

—A mí me ha sucedido lo contrario de lo que Vds. dicen, y no es mucho que tan á menudo me vean ir contra la opinión general de que los niños no tienen disgustos.

Parecia dispuesto á ser más franco

que otras veces, contándonos parte de su vida, y fuélo al cabo, despues de rogarle cuantos allí estábamos presentes.

—No vayan Vds. á creer, dijo, que tenga alguna cosa extraordinaria que contarles; pero desde luego les aseguro que, en oyendo mi vida, habrán de confesar que tambien suele haber disgustos, y aún algo más, para los niños.

Despues de este pequeño exordio, habló, como pueden ver mis jóvenes lectores, á quienes dedico los tristes recuerdos de la infancia del buen anciano, el cual prosiguió:

I

Cuando abrí los ojos á la razón, esto es, cuando pude hacerme cargo de lo que me rodeaba, mi madre ya no existia. Mi padre era militar, y despues de haber asistido á la guerra contra la república de Robespierre, peleaba al presente contra el imperio de Napoleon.

Años hacia que faltaba de casa, y, por lo tanto, ni él ni yo nos conocíamos. Mas no estaba yo solo en el mundo. Tenia un hermano, tan alegre como mañana de Abril, tan hermoso como el retrato de mi madre, que teníamos en la sala, y ante el cual íbamos los dos á menudo para ver *cómo habia sido* la infeliz. Entónces miraba á mi querido hermano, diciéndole:

—¡Cómo te pareces á nuestra madre!

Y experimentaba un placer tan grato en mirarle, que no le acertaba á explicar. Era yo de genio corto, y poco amigo de palabras. Mi hermano, al contrario, alegre y risueño.

Vivíamos con una tia, buena como el pan del cielo, y tanto que, á veces, solian abusar de su generoso carácter cuantos la rodeaban. Lo que ella poseia era para todo el mundo, si bien todo el mundo solia no pagarla en la misma moneda. En casa hallaban parientes y áun amigos, no sólo cordial acogida, sino toda clase de socorros cuando estaban necesitados; y como si esto no bastase, los habia que, alegando la escasez propia de los tiempos, llegaban á permanecer viviendo á nuestra costa meses, y áun años enteros.

Entre todos, hubo una parienta, no muy cercana, por cierto, que se fué quedando, de suerte que á la postre ya no dió muestras de pensar en irse de casa. Estaba, en verdad, muy pobre, y mi tia no tuvo ánimo para darla á entender cuán grave carga era para nosotros.

II

No eran los tiempos muy á propósito para vivir sobrados. Mi padre estaba en la guerra, y no recibia pagas sino muy de tarde en tarde, de suerte que

nada podia enviarnos. La propiedad producía entónces tan poco, que más de una vez pareció preferible vender una casa ó tierra, que nada producian, si no eran las contribuciones, y reparos que el dueño se veía harto á menudo obligado á costear. No lo ignoraba mi padre, con lo que autorizó de vez en cuando á mi tia para que buscara los recursos como mejor la pareciese para la educacion de los dos niños.

Así nos llamaban nuestro padre y tia. En cuanto á nuestra parienta, la cual se llamaba Sinforosa, ya de edad proveya y no buen carácter, no parecia sino que tenia formal empeño en dividirnos. A mi hermano le llamaba siempre por su nombre. A mí, jamas supo llamarme sino el *Mayorazgo*.

No le habia en la familia; pero como, sin duda alguna, me miraba de reojo, y yo llevaba un año á mi hermanito, juzgó oportuno apellidarme siempre con el referido mote. Nada tan ofensivo, en general, como un mote; mas para caracteres semejantes al mio, triste y reservado desde que tenia uso de razon, era continuo tormento.

No se engañan los niños; y harto comprenden, áun los de pecho, cuándo una persona les mira cariñosa ó no. Cierto estoy de que Sinforosa no me podia ver. La causa, la ignoro. Sin duda mi carácter, tan poco expansivo, podia desagradar ciertas veces; mas yo, que tanto amaba la memoria de mis padres—para mí entónces perdidos ambos—y que tanto amaba á mi tia y á mi querido hermanito, no lo sabia decir, ni apénas dar á entender.

III

Ello fué que la parienta, léjos de amansarse al verme tan á menudo tris-

te y pensativo, dió á entender que la causa de mi estado era la *envidia*...

Todavía recuerdo el dolor agudo y sin consuelo que experimenté, cuando llegué á comprender lo que ella pensaba del mísero mayorazgo. ¡*Envidia!* infame y rastrera pasión que nadie se atreve á confesar.

Cierto que hay hombres capaces de presumir de ladrones, de borrachos ú otra inclinación vil; pero de envidioso, no creo haya ninguno que á tanto se atreva. Nada, pues, me faltaba, sino saber que me tenían por envidioso, y por envidioso de mi adorado hermanito, á quien tanto amaba... Hoy lo refiero todavía con un nudo en la garganta. No tuve más consuelo, sino ocultarme cuanto me era posible en los rincones, y allí, con amarguísimo llanto, dar desahogo á mi pena... Pocas veces en mi vida la he tenido mayor.

Con esto, mi carácter, que siempre había sido triste, fuélo siendo más cada vez. Tenía nuestra casa jardín, y no pequeño, de suerte que, al volver de la escuela, procuraba siempre ocultarme cuanto podía para permanecer solo, y á menudo... llorar. ¿Ni qué otra cosa me era lícita? Si yo intentaba decir alguna palabra, al punto Sinforosa me hacía callar, diciendo: «¡Calla, Mayorazgo!» Si cantaba, me hacía burla; si permanecía en silencio y triste, entonces dirigía miradas de inteligencia á los criados, como diciendo: «¡Qué envidioso es!» Cuando no me lo decían claramente...

Llorar, llorar... era mi único consuelo. ¡Y bien que lloraba!...

IV

Pero, hasta entonces, no sabía que pudiera ser mayor mi desventura. Un

día amaneció enfermo mi hermanito. Quedóse en casa. Al volver yo de la escuela... todavía le estoy viendo... El angelito se hallaba en una reja, acompañado de otro niño que con nosotros solía jugar. Decía Sinforosa que el pobrecito niño se hacía el enfermo por no ir á la escuela. ¡Angelito! ¡Y era el que más quería! Al día siguiente estaba en cama. Todavía me parece verle, cuando yo volví.

Nuestra querida tía, sentada al lado del enfermo, y haciendo media, le miraba á cada instante. ¡Qué hermoso estaba mi hermano! ¿Qué hacer para distraerle? Seis años tendría yo; acudí al jardín, y recogiendo un higo casi seco que había quedado olvidado en la higuera, volví jugando con él, echándole hácia la cama del enfermito, haciendo como que se me escapaba, y no podía recogerle, riéndome y diciendo los chistes que más pudieran hacer reír á mi hermano...

Y le pude hacer sonreír... Aún estoy oyendo su voz... Nada más conservo de él... Pero su voz aquí está... su sonrisa, su rostro sonrosado y divino, aquí están... grabados, hasta la muerte, en el pecho de este envidioso...

¿Por qué me hacen Vds. recordar ciertas cosas?

V

Después, sin duda, me sacaron de casa. Lleváronme á jugar con otros niños... A los dos ó tres días, vi en la misma casa á mi tía llorando.....

.....
Cuando volvimos, nadie me dijo nada; pero no ignoraba que mi hermano había muerto. Nada dije yo tampoco. Si á tanto me hubiera atrevido, allí

estaba Sinforosa para decirme: «¡Calla, Mayorazgo!»

Callé, pues; pero siempre que nadie me veía, como la casa era grande, buscaba el modo de entrar por habitaciones interiores en la alcoba donde mi hermano había muerto. Habíanla cerrado; pero yo, más de una vez, pude entrar en ella, y cuando nadie me veía, buscaba allí ¡ay mísero! ¡el alma de mi hermano! El alma... ya que su cuerpo me había dejado solo en la tierra...

¡Solo en verdad! Algun tiempo después, vi á un niño que me recordaba á mi hermano. ¡Con qué placer estuve jugando con él, tan sólo por el recuerdo que su presencia me traía á la mente! Pero á nadie se lo dije, no fueran á contestarme: «¡Calla, Mayoraz-

go!» ¡Qué fué de aquel niño? No le he vuelto á ver. ¡Lo soñé acaso! ¡Me parece que no!

VI

¡Cuán solo quedé! Con mi madre debió de irse la mitad de mi alma, pues tan triste y casi incomprendible era mi carácter para niño. Con mi hermano se fué, á no dudarlo, la otra mitad. Y es lo cierto que le tengo tan presente, tan presente, que al recordar la soledad en que me dejó, lloro... mucho más que cuando niño... Al menos, ahora puedo llorar; ahora no ha de venir Sinforosa á decirme: «¡Calla, Mayorazgo!»

FERNANDO FULGOSIO.

Bouzas (Vigo) Agosto de 1872.

LA MÚSICA INFANTIL

Hace tiempo tenemos prometido á nuestros lectores publicar en LOS NIÑOS un tratadito de música; pero dificultades insuperables y el deseo de dar una cosa buena y que correspondiese á nuestro propósito, nos ha impedido cumplir hasta ahora nuestra promesa.

Hoy, por fin, tenemos una gran satisfacción, anunciando á los padres de nuestros lectores que una persona competentísima, un ilustre compositor español, ha tomado á su cargo la confección de ese tratadito para LOS NIÑOS. La persona que va á honrar esta publi-

cación con su nombre, popularísimo en España, y estimado y reputado en el extranjero, es el distinguido maestro D. Francisco Asenjo Barbieri.

Ninguno mejor que el inspirado autor de tantas obras musicales de primer orden, puede dar á los niños y á las niñas que nos favorecen las primeras nociones del divino arte, cuya enseñanza es tan útil y conveniente.

Esperamos que en el presente volumen podremos comenzar la inserción de las lecciones musicales del maestro Barbieri.





RETRATOS INFANTILES

XII

PAQUITA LA SUSCEPTIBLE

Mucho quiero yo á Paquita, mi amiga y vecina, porque es una niña inteligente y que ama mucho á sus padres,

y por lo mismo que la quiero tanto siento doblemente que tenga un defecto enojoso, que hace sufrir á su ma-

má y á ella misma le hace sufrir también. Pero confio en que Paquita sabrá corregirse pronto de ese defecto, que sin ser ahora de graves consecuencias, pudiera serlo más adelante.

—Y vamos á ver, preguntará el curioso lector, ¿cuál es el defecto de esa niña?...

—Es una extremada susceptibilidad.

—¿Y qué es eso? dirá la tierna lectora.

—La susceptibilidad en la donosa Paquita es una gran intolerancia, una exageracion del amor propio, consecuencia precisa de lo mucho que sus padres la han mimado y consentido.

Todas las niñas de la vecindad y otras amiguitas suyas quieren jugar con Paquita, porque ella es muy ingeniosa, y sabe juegos divertidísimos, y todas la quieren mucho. Pues, señor, á lo mejor Paquita se separa de sus amigas diciendo que no juega más, y pone un gesto muy desagradable, y por más que todas van á solicitarla y á desenojarla, Paquita no se dá á partido, bien que el dia siguiente ya se la ha pasado el enojo y vuelve á jugar con ellas, y luego vuelve á enojarse como en la tarde anterior.

Esto le ha hecho perder ya la amistad de alguna niña más juiciosa que ella y de carácter más formal, porque, ¿saben Vds. lo que motiva el enojo de Paquita?... Háganse Vds. cuenta de que nada lo motiva. Enójase Paquita, por ejemplo, porque una niña habla bajo con otra y la mira á ella, en seguida se figura la señorita que las niñas están hablando de ella, burlándose ó cosa por el estilo; y en verdad que no hablaban de Paquita las dos niñas, sino de sus asuntos particulares. Pues ya la tienen Vds. con una vara de hocico,

y Vds me perdonen el modo de señalar, y ya *no quiere jugar*. Siguen las niñas, y ella se va á un rincon, esperando que le vayan á rogar para negarse á toda avenencia, cuando realmente ella es la que debia ir humilde á decir á sus amiguitas que la perdonasen su infundado enojo.

Este singular carácter de Paquita no se aviene nunca al gusto de los demas: Paquita no quiere que se la contraríe, porque al punto se ofende; pero, eso sí, ella no tiene reparo en contrariar á los demas, y se ofende si no acceden á su deseo, lo cual demuestra claramente que Paquita es acérrima partidaria de la ley del embudo, que es la ley de los egoistas y voluntariosos.

Su mamá, con el derecho de madre amantísima, la reprende algunas veces, y la mimada niña se da por ofendida al momento, y pone la mala cara que guarda para esas ocasiones, y le dura el enfado todo el dia, y cuando al fin su mamá va á acariciarla y contentarla, en lo cual no siempre obra cuerdamente, aún se hace la niña la interesante, y evita las caricias de su madre; accion pésima, porque demuestra ingratitud y dureza de corazon.

Ayer estuve yo en casa de Paquita en ocasion de hallarse la familia en la mesa.

—Pues ¿y Paquita?... pregunté, no viéndola.

—Paquita, dijo la mamá en voz alta, no quiere comer.

—Pues ¿está enferma?..

—De condicion, sí, señor.

—¿Qué tiene?

—Nada, que su papá ha tenido el singular atrevimiento de sonreirse porque Paquita tomaba la sopa sorbiendo un poco más ruidosamente que lo que

conviene, y, amigo, la niña se ha ofendido altamente, y ahí la tiene Vd. en ese cuarto pensando que su dignidad ofendida no la permite hacernos el honor de comer con nosotros. No crea ella que nos enfadamos por eso, al contrario, si no quiere volver á comer será una economía muy conveniente en estos tiempos.

Yo fui á buscar á Paquita, y aunque me quiere mucho, no pueden Vds. figurarse el trabajo que me costó reducirla á que volviese á ocupar su puesto en la mesa.

—Paquita, le dije, esa susceptibilidad es una niñería impropia de quien tiene tan privilegiada inteligencia como tú. ¿Puedes creer que tu padre haya dicho eso con ánimo de mortificarte? No: si acaso, lo habrá dicho para corregirte de un defectillo, y por ello debías estarle agradecida.

La cogí de la mano y quise llevarla al comedor, pero se resistió, y viendo que yo insistía, se tiró al suelo.

—Vamos, Paquita, eso sí que está mal hecho. No sólo eres susceptible, sino que también, lo que es peor, rencorosa y desobediente. Y esto es porque no reflexionas, porque si reflexionaras te asustarías de conducirte de ese modo. Considera que si ahora, en tu tierna edad, te enojas por la más mínima cosa, interpretas todos los gestos, las miradas, las palabras de los demás, suponiendo que siempre te quieren ofender, ese defecto, cuando llegues á ser una mujercita, será ocasión para tí de grandes pesares. Un carácter como el tuyo hace reír á veces, y á veces irrita por insufrible. Quien es tan susceptible como tú no puede ser justo nunca, y en cambio puede caer en los graví-

simos defectos de la vanidad, de la soberbia. Vamos, Paquita, vamos al comedor, donde te esperan tus amorosísimos padres, á quienes tanto debes querer y respetar.

Pero todavía se resistía la señorita.

—Ya no insisto, le dije; pero ahora mismo me voy á casa á escribir un artículo para LOS NIÑOS, en el cual voy á contar quién eres tú, presentando á la consideración de las niñas, que lo leerán, todos tus defectos, poniendo tu nombre y apellido para que te conozcan, y sepan que eres una niña imperitente, que no se puede hablar ni tratar contigo, y así es seguro que no tendrás quien vuelva á acompañarte en tus paseos, y te quedarás completamente aislada. Esto es lo que les sucede á los niños, y á los hombres y las mujeres que tienen un carácter como el tuyo.

Paquita se echó á llorar, y me confesó que si resistía ir al comedor era porque le daba mucha vergüenza.

—Pues me alegro mucho de que te dé vergüenza, porque esa es infalible señal de que tú misma comprendes lo infundado de tu enojo y lo ridículo de tu posición después de haber dado á tus padres por semejante niñería un disgusto.

—¿No me pondrás en LOS NIÑOS? me preguntó gimiendo la donosísima arrepentida.

—No; es decir, yo hablaré en LOS NIÑOS de tu defecto para que otros se corrijan, pero no diré que el original de mi retrato tiene por nombre Paquita y por apellido...

—No, no; pon sólo el nombre. Habrá tantas Paquitas... que nadie sabrá que soy yo.

C. FRONTAURA.



UNOS POR OTROS

FÁBULA

Érase un pastorcillo que tenía gran propension al sueño. «Mi perro,—se decía,— vigila á mi ganado con empeño. ¿Para qué he de velar, si el perro vela, de mis preciados bienes centinela? Y el perro, en un principio cuidadoso, viendo dormir sin tregua al zagalillo, volvióse perezoso, y este razonamiento hizo sencillo :

«Puesto que duerme quien velar debia, quédese el trabajar para otro dia. ¿No es justo hacerlo que hacen nuestros amos? El mio se ha dormido... Pues durmamos.» Y las pobres ovejas entre tanto eran objeto de continuos robos ó perdíanse huyendo con espanto, viendo acercarse carniceros lobos. *Quien ver no quiera decrecer su hacienda, que de estos versos la leccion aprenda.*

M. OSSORIO Y BERNARD.

LA ABUELA Y EL NIETO



El pobre niño no tiene más familia que su abuelita, y está siempre triste, porque siempre ve llorar á la pobre viejecita, que llora, porque piensa que ella pronto morirá, y el niño quedará en el mundo solo y en la miseria.

¡Qué felices sois vosotros los que teneis padres y hermanos!

LAS FIESTAS DE AÑO NUEVO



Bajo el nombre de *Fiestas del año nuevo*, vamos á reseñar aquí, no sólo las que todos los pueblos del mundo celebran para solemnizar la llegada del *año nuevo*, sino la que celebra la Iglesia con el nombre de *La Epifanía*, y

que nosotros llamamos vulgarmente de *Los Santos Reyes*.

Cualquiera que sea su edad ó su posición social, el hombre saluda siempre la primer aurora del año nuevo con una expansión de júbilo bien natural por cierto.

¿Quién no ha derramado lágrimas en el año que acaba de espirar? ¿quién no formula esperanzas é ilusiones para el que empieza?

Los niños, sobre todo los niños, verdaderos héroes de las fiestas de Navidad, lo son también de la de los Santos Reyes, pudiendo decirse que gozan durante veinte días del más dulce de los reinados.

Desde el 18 de Diciembre, en que se colocan en la Plaza Mayor los primeros puestos de turrónes y *Belenes*, hasta el 7 de Enero, los niños no estudian, no piensan en nada, y pasan día tras día tocando el tambor, el rabel y la chicharra, atronando la casa y desgarrando los oídos de las mamás con su concierto discordante.

Para que la fiesta les pertenezca de derecho, como de hecho les pertenece, el primer día del año sale de la parroquia de San Luis Obispo la *procesion del Niño Dios del Remedio*, que va á llevar la comida á los niños del Hospicio.

El primer día del año, los romanos se ofrecían mutuamente floridas ramas de verbena, cortadas de los bosques de la diosa *Strenia*, por lo que se da el nombre de *estrenas* ó aguinaldo á todo lo que se regala en ese día.

Entre nosotros, los regalos de año

nuevo consisten para los niños en juguetes ó dulces, así como en Francia é Inglaterra, sobre todo en esta última, el aguinaldo más elegante es un buen libro, vendiéndose cada año numerosas ediciones de estas obras especiales que llevan el nombre de *recuerdo del año nuevo*, y que se venden primorosamente encuadernadas.

La víspera del día de Reyes, apenas anochece, empiezan á verse por las calles numerosos grupos de gente en cuyo centro camina un hombre cargado con una escalera, al que han hecho creer que encaramándose en lo más alto de ella será el que primero vea llegar á los tres Reyes, que llegan repartiendo monedas y dulces; y lugareña hay que abandona la casa de sus amos en aquella noche, para ir cubierta de plumas y perifollos y cargada con la escalera á esperar los Reyes.

Hoy, sin embargo, esta fiesta ha perdido ya mucho de su antigua originalidad, y casi todos los que cargan con la escalera son pilluelos que se ajustan por unos cuantos reales para divertir al público.

Para los niños que en vez de atronar la casa con sus instrumentos rústicos, pasan las fiestas repasando sus libros y preparándose para la vuelta al colegio, es también la noche de los Reyes una gran noche, pues estos señores son los que premian á los aplicados con los juguetes y dulces, que nuestros pequeños lectores encontrarían á la cabecera de su lecho, en la mañana de la Epifanía ó de los Santos Reyes.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.



LA HISTORIA DE ESPAÑA (1)

(Continuacion)

XII

DOMINACION VISIGODA

Si la memoria del segundo rey de los godos ó visigodos, Sigerico, está empañada por sus crueldades, no sucede otro tanto con la de Valia, caudillo valeroso y afortunado, que logró dominar casi toda la Península, venciendo y sujetando las tribus bárbaras que la ocupaban. Al ceñir la diadema, aparentó mover desde luego las armas contra los romanos, á quienes tanto odiaban los bárbaros del Norte; pero habia un general romano, llamado Constancio, que deseaba casarse con Placidia, la viuda del valeroso Ataulfo, y ofreció á Valia la paz, pidiéndole la mano de aquella reina tan desgraciada. Valia se convenció desde luego de que valia más ejercitar su valor contra los vándalos, los alanos y los suevos, que dominaban la Bética y la Lusitania, mejor que con los romanos, ya entón- ces tan debilitados; pero si él tenia este convencimiento, no le tenían del mismo modo los valientes godos que mandaba. Cedieron todos, al fin, al considerar cuán falto de subsistencias estaba el suelo que pisaban, y en vista de aquella terrible carestía, firmaron la paz con los romanos, con la condicion de que estos darian á los godos seiscientas mil medidas de trigo, para no morir de hambre. Gran ventaja para un pueblo guerrero, que se sos-

tenia miserablemente en territorios que las guerras y los pillajes anteriores habian dejado sin cepas, sin árboles, ni labranza.

Encendióse, pues, en cambio, la guerra entre los godos y los vándalos, y llevándose á cabo con todo el furor que daba de sí el carácter belicoso de los dos pueblos bárbaros, terminó al fin concediendo los laureles de la victoria á Valia. Sojuzgados los vándalos, no tuvieron más remedio que humillarse al vencedor, y los que no quisieron obedecerle, atravesaron la Península y buscaron asilo entre los suevos de Galicia, con quienes se confundieron.

Al considerarse el monarca godo dueño de la amena Andalucía, y al contemplar desde el peñasco que despues se llamó Gibraltar, la inmediata y fertilísima costa de Africa, ideó una expedicion contra aquellas regiones, expedicion guerrera que, á pesar de la falta de naves que la pobreza de tales tiempos hacia sentir á España, se comenzó á llevar á efecto, y se hubiera terminado á no haberse opuesto los elementos. Embarcados los godos en débiles barquichuelos, dirigieron el rumbo hácia las vecinas costas; pero, enfureciéndose los vientos y embraveciéndose las olas, aniquiló la expedicion una furiosa tormenta, destrozando entre los peñascos los mejores bajeles y causando la muerte de todos los tripulantes.

Frustrada la conquista de Africa, Valia volvió sus armas contra los ala-

(1) Véanse los tomos quinto y sexto.

nos de la Lusitania. La misma fortuna que el acero de los godos habia tenido contra los vándalos, coronó los esfuerzos de Valia, quedando vencidas y deshechas las tribus de los alanos, obligándoles á refugiarse bajo el pendon de los suevos.

Igual suerte hubiera cabido á estos, si temerosos del exterminio, que doquier llevaban las huestes del godo, no hubiesen reconocido la soberanía de Roma, haciéndose sus tributarios. El caudillo godo hubiera podido, á pesar de esto, adelantar el curso de sus victorias; pero aún en medio de su barbarie admiraba los restos del colosal imperio, y respetó unos pueblos que estaban en paz con la ciudad que habia sido la señora del mundo.

Debiera todavía extrañarse cómo no holló Valia, enorgullecido con sus hazañas, los tratados entre godos y romanos; mas no cabe echarle en cara semejante villanía. Muy al contrario, devolvió sus conquistas españolas á la obediencia del débil Honorio; y alentada la corte imperial con las ventajas que de la guerra habia reportado Va-

lia, decretó el triunfo para su soberano, que remedando el boato de los antiguos vencedores, entró en Roma entre los vítores de un pueblo inmenso, deseoso de renovar cuanto fuese posible los gloriosos tiempos de sus antepasados. Pero el triunfo que se decretó á Honorio por las hazañas ajenas, prueba evidentemente la ilusion que se hacia de pertenecerle á él las victorias de los godos en España.

Valia pasó á las Galias, y recibiendo del emperador Honorio, en recompensa de sus victorias, la segunda Aquitania ó país de Burdeos, y la tercera Aquitania ó Gascuña francesa, avecinó sus numerosas huestes por aquel territorio, estableciendo su corte en Tolosa, así como Ataulfo la habia establecido en Barcelona. —En Tolosa murió á fines del año 419 ó principios de 420, si bien el historiador Jornandes le hace vivir más tiempo.

Sucedióle á Valia el rey Teodoro. Su reinado fué para España de los más tristes y lamentables; pero bien merece ocuparse de él con alguna extension en el capítulo siguiente.

FLORENCIO JANER.

EL BAILE NO ME GUSTA Á MÍ

POR MADAME GIRARDIN

I

Amparo era una niña, buena y espiritual, pero tenia un defecto que la hacia algunas veces poco agradable, que no se la podia oír con paciencia. Era tan exagerada para hablar, que habia veces que no se podia contener la risa oyéndola.

—Seria capaz de ir de aquí á Barcelona sin cansarme, decia unas veces.

—Mañana, decia otras, voy á aprenderme doce verbos ingleses ántes de almorzar.

Su padre, cansado de aquel defecto tan ridículo, resolvió corregirla.

Un dia, pues, en que Amparo, si-

guiendo su exagerada costumbre de hablar, dijo que le gustaba tanto el baile que bailaría tres días con tres noches sin cansarse, resolvió cogerle la palabra, y ordenó que se preparara todo para dar un gran baile.

Amparo, llena de alegría con este proyecto, pasó todos los días que precedieron á la fiesta en ensayar toda clase de bailes. Por fin llegó el día deseado.

Al medio día entró en su gabinete su doncella con un magnífico traje, que su padre había mandado hacer para ella, y á decirle de parte de aquel, que se vistiera pronto porque los músicos habían llegado, y el baile iba á empezar en seguida.

Amparo no quiso creer lo que le decía su camarera, y fué á informarse por sí misma á la habitación de su padre.

—¿Es verdad, le dijo, que el baile va á empezar al medio día?

—Sí, hija mía, le contestó su padre; las señoras quieren que el baile empiece temprano, porque sus hijos no pueden velar demasiado, pero tú, que eres tan aficionada al baile, puedes pasar toda la noche bailando con personas de más edad, si eso te entretiene.

Amparo encontró muy naturales estas razones, y dió á su padre las gracias por el permiso que le había concedido, sin comprender que era una red en donde iba á caer.

Subió en seguida á su gabinete, se vistió, y bajó la primera al salón.

Todas las ventanas y balcones estaban cerrados; pero á pesar de eso, el sol penetraba indiscreto á través de las persianas y las cortinas.

Las amigas y las primas de Amparo no tardaron en venir, y bien pronto el

salón estuvo lleno de niños de todas edades, que saltaban y corrían por todas partes.

Amparo corría y saltaba más que todas sus amigas, á las que animaba con su alegría.

Jamás se había divertido tanto como entonces.

No perdía su tiempo en hablar ni en sentarse, sino que andaba de un lado para otro sin descansar un momento.

Su padre la miraba de cuando en cuando, y sonreía, al pensar la manera que tendría de concluir aquello.

Los niños estuvieron jugando hasta las ocho de la noche, hora en que les sirvieron una abundante y espléndida comida.

Toda la infantil reunión se precipitó en el comedor.

Gracias al ejercicio que acababan de hacer, todos tenían un apetito magnífico.

Amparo, que había estado saltando como una loca, tenía también mucho apetito, y se dirigió con los niños á la mesa, tanto para hacer los honores como para comer.

Pero en el momento de irse á sentar, su padre la detuvo.

—El gran baile va á empezar, querida mía, le dijo; ya no se trata de saltar con niños, es menester bailar formalmente y probar así á tu maestro que has aprovechado sus lecciones.

Amparo se alejó tristemente, mirando con pena á la mesa y á los niños, que comían sin cesar pasteles y merengues, y dulces de todas clases.

Pero no tenía otro remedio que abandonar el comedor, y empezar á bailar de nuevo, sin haber descansado, ni haberse sentado un momento.

Esto era muy cruel; pero Amparo

recordaba haber dicho que bailaria tres dias y tres noches sin cansarse, y todavía no habia pasado uno siquiera, y tenia demasiado orgullo para declararse vencida y pedir gracia.

II

Al penetrar en el salon del baile, se quedó admirada viendo el magnífico golpe de vista que presentaba.

Amparo apenas tenia doce años, y no habia visto nunca más que alguna fiesta de pueblo ó algun baile de niños; era, pues, la primera vez que veia tantos dorados, tantas luces y tantas flores.

En aquel instante se le olvidó el cansancio, y se sintió llena de orgullo al verse admitida en un baile formal, sintiendo al mismo tiempo cierto desden hacia las compañeras que habia dejado en el comedor atracándose de pasteles, que consideraba que no eran buenos más que para producir una buena indigestion, de consecuencias gravísimas.

¡Qué contenta estaba de no estar con ellas! !Qué desden sentia hacia aquellas pobres locas, y hacia los manjares que cubrian aquella mesa que poco antes era el objeto de todos sus deseos! No comprendia cómo habia podido echar de ménos ni un solo momento todo aquello.

En un momento habian cambiado todas sus ideas, todas sus maneras, y aún se puede decir que toda su persona.

Los que acababan de verla saltar y brincar como una loquilla, no podian casi reconocerla al verla entonces tan seria y tan triste.

Amparo se esforzaba por tomar un aire muy grave; de tal modo, que parecia que la habian reñido.

Pero no estaba de mal humor, sino todo lo contrario; pues jamás se habia considerado tan feliz como entonces.

Pero su alegría llegó al colmo cuando un jóven vestido de etiqueta y ajustado el guante blanco, se le acercó y le dijo, inclinándose profundamente:

—Señorita, ¿quiere V. hacerme el honor de bailar conmigo la primera contradanza?

Amparo se quedó tan sorprendida, que apenas pudo contestar:

—Sí, señor, con mucho gusto.

¡Qué sincera era al decir *con mucho gusto!*

Al fin iba á bailar formalmente, y con uno que sabia bailar, con una persona formal, con un caballero que la decia:

—¿Quiere V. hacerme el honor de bailar conmigo la próxima contradanza?—y no con un chico que le gritaba desde un extremo del salon:

—Amparo, ¿quieres bailar conmigo?

¡Qué inconveniente le parecia aquella familiar manera de invitar á bailar!

III

Estaba tan contenta Amparo, que no sentia la fatiga.

Bailaba muy bien; todos la admiraban, y como el éxito presta fuerzas, habia olvidado casi por completo que habia estado saltando toda la tarde, y le parecia que entonces empezaba á bailar.

La vanidad hace prodigios, de tal modo, que seria capaz de dar ligereza á un gotoso; sí, estoy seguro que si á un gotoso se le dijera que bailaba bien, concluiria por convertirse en un bailarín de primera fuerza.

La verdad es que Amparo se hubiera

ido á acostar muy temprano si no la hubieran admirado, porque jamás habia sentido tanta fatiga; pero á medida que la admiraban, se animaba por momentos, y bailaba con más velocidad.

—Señorita, ¿le gusta á V. mucho el baile? le preguntó su pareja.

—Sí, señor.

—Y tiene V. mucha razon para que le guste, porque baila V. muy bien.

Al cabo de algunos momentos concluyó la contradanza, y su pareja la llevó hasta su sitio.

En seguida fué otro jóven á sacarla, y despues otro y otro. En fin, no sabia lo que le pasaba, y no hacia más que decir:

—Estoy comprometida para este baile.

(Se continuará.)

COLEGIOS

Con la mayor satisfaccion vamos á recomendar á los padres de nuestros lectores dos colegios que, cada uno en su clase, honran al país. Uno es de niñas y otro de niños. El primero, es el Colegio de Nuestra Señora de Loreto, en la calle de Atocha. Este excelente establecimiento de enseñanza ha sido notablemente mejorado, y es hoy uno de los primeros de España. Nuestro amigo el distinguido capellan de lá Real Capilla D. Benito Isbert y Cuyás, dirige este colegio, y á su celo, á su entusiasmo por la buena enseñanza, se debe el estado en que se halla. En ninguna parte mejor pueden aprender las niñas todo lo que constituye la base de una buena educacion. La instruccion religiosa y moral es completa, como que á ella atiende con exquisito celo el ilustrado director.

Las madres de familia que estén en el caso de llevar á sus hijas á un colegio, deben visitar el de Nuestra Señora de Loreto, y allí encontrarán seguramente todo lo que puede satisfacerlas completamente, por muy exigentes que sean, como lo son, y lo deben ser, las madres en todo lo que atañe á la buena educacion de sus hijas queridas.

Hemos tenido ocasion de visitar este colegio, y hablamos, por consiguiente, con perfecto conocimiento; en materia tan delicada no nos permitiríamos aconsejar á las madres, si no supiéramos que cuantos elogios se hagan de esa casa de educacion son justos y merecidos.

El colegio de segunda enseñanza que tam-

bien hemos visitado y deseamos recomendar igualmente á los padres de familia, es el situado en las inmediaciones de Carabanchel Alto, en un sitio sumamente sano y tranquilo.

En este establecimiento se acaban de verificar los exámenes trimestrales reglamentarios, presididos por su cuerpo profesoral, y hemos quedado maravillados de los adelantos de los alumnos, en matemáticas, idiomas y todas las materias que comprende la segunda enseñanza. Indudablemente, en este colegio hay profesores notabilísimos; pues no de otro modo se comprende que en tan corto tiempo como lleva abierto el colegio, hayan podido hacer los alumnos tantos progresos, por grandes que sean su aplicacion y buena voluntad.

Este colegio, por su situacion, por su proximidad á Madrid, está destinado á ser uno de los que prefieran los padres de familia para sus hijos, mucho más sabiendo que está perfectamente dirigido, y que ofrece todas las condiciones de salubridad, seguridad y excelente método de enseñanza.

Sus propietarios no omiten medio alguno de llenar dignamente la loable mision que se han impuesto, y pondrán, sin duda, su colegio á la altura de los mejores. Ultimamente han adquirido notables aparatos de física, suministrados por el acreditado óptico, señor Linares, que tiene su establecimiento en la calle de Carretas, 3, donde se reparten los prospectos del excelente colegio de Carabanchel.

LA MUÑECA NO TOMA CAFÉ



No dirán Vds. que esta niña no es una buena madrecita.

Lo primero que hace todos los días cuando va á tomar el café es poner una tacita á la muñeca, á quien llama su hijita; la muñeca no toma nunca nada, pero es porque no quiere, no porque su madrecita se olvide de ella.